

# Submarino en la noche

CHEN CHUNCHENG

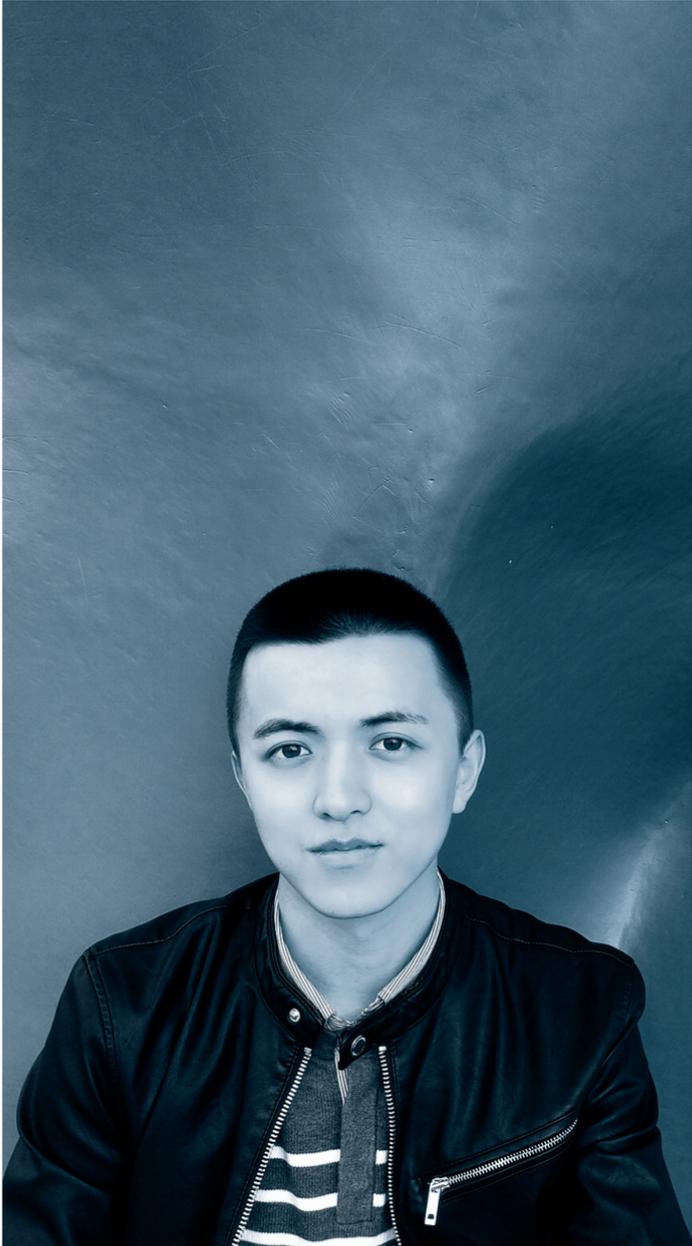


Traducción de  
Teresa I. Tejada y Tyra Díez

# **Submarino en la noche**

**Chen Chuncheng**

**Traducción y notas de  
Teresa I. Tejeda y Tyra Díez**



## ÍNDICE

夜晚的潜水艇

SUBMARINO EN LA NOCHE

11

竹峰寺

EL TEMPLO DE LA CUMBRE DE BAMBÚ

37

传彩笔

EL BOLI MÁGICO

97

裁云记

DIARIO DE UN PODADOR DE NUBES

119

酿酒师

EL VINATERO

141

音乐家

EL MÚSICO

157

尺波

PALMO DE OLA

235

李茵的湖

EL LAGO DE LI YIN

257

《红楼梦》弥撒

MISA POR SUEÑO EN EL PABELLÓN ROJO

287

## SUBMARINO EN LA NOCHE

En una fría noche de 1966, Jorge Luis Borges tiró una moneda al mar desde la cubierta de un barco. La moneda, que todavía conservaba el calor de sus dedos, cayó en el negro rumor del oleaje. Tiempo después, escribiría un poema al respecto en el que explicaba que haber acometido aquel acto añadía dos series paralelas e incesantes a la historia de este planeta: la de su destino y la del destino de la moneda. A partir de entonces, cada instante de dicha y zozobra en la Tierra correspondería a cada instante de ignorancia y ceguera de la moneda en el fondo del mar.

En 1985, un año antes de que Borges muriera, un rico empresario australiano se aburría durante una travesía marítima y tomó prestado el libro de un compañero de viaje. Él, que nunca había tenido interés por la literatura, quedó súbitamente impactado por un poema titulado «A una moneda». En 1997, tras más de diez años de exitosa carrera en los negocios, se había

convertido en un multimillonario de una riqueza incalculable y en el admirador número uno de Borges. Había coleccionado todo tipo de valiosas ediciones de las obras del escritor, la pipa, las gafas de sol y el papel secante que utilizaba, incluso dos plumas que había usado su traductor al chino, Wang Yongnian, mientras traducía su obra (para entonces Wang también había fallecido). Pero nada de esto había conseguido apaciguar su fanatismo. La primavera de ese año, una idea que se había colado en sus sueños al amanecer lo empujó a invertir en la proeza más inconcebible de la historia: buscar la moneda que Borges había tirado al mar. Compró el submarino más avanzado de la época, y a mayores, lo mejoró. También contrató a un grupo de oceanógrafos, expertos en submarinos y submarinistas provenientes de todas las partes del mundo (dicho equipo estaba capitaneado por un oceanógrafo chino apellidado Chen). El rico empresario, plenamente consciente de que no sería posible poner sin más a este selecto grupo al servicio de su locura, les prometió financiar sus investigaciones del suelo marino a largo plazo, con la única condición de que, además de sus propias exploraciones científicas, buscaran de paso las huellas de la moneda. El capitán Chen le había preguntado: «¿Y si no encontramos nada?». «Entonces os seguiré financiando».

Según lo que se cuenta en el poema, Borges embarcó en Montevideo y, al doblar el Cerro, tiró la moneda

al mar. El equipo consiguió los datos de la corriente oceánica de ese año y dividió las aguas alrededor del Cerro en muchas secciones de un kilómetro cuadrado con el objetivo de buscar individualmente en cada una de ellas. Para discriminar los yacimientos minerales del fondo marino de la basura oceánica, construyeron un detector de metales específico para este propósito que solo respondía ante piezas redondas de metal de pequeño volumen. Como resultado, solo encontraron varias monedas de oro sumergidas en el fondo marino y datadas en la Era de los Descubrimientos. Supusieron que aquella moneda habría sido devorada por la sal durante décadas y, con toda probabilidad, solo quedaría algún fragmento o, directamente, se habría disuelto por completo. El segundo año, el rico comerciante les permitió abandonar el Cerro e irse a desarrollar sus investigaciones por otras aguas del mundo. No obstante, mantuvo el detector activo, por si acaso hubiera alguna respuesta y, si así fuera, intentar rescatar la moneda de nuevo. El australiano comprendía que la esperanza de encontrarla era más bien nula, pero pensaba que con el mismo proceso de búsqueda rendía un homenaje a Borges, como si se tratara de un tipo de peregrinaje. La enorme cantidad de recursos y de tiempo invertidos en la hazaña, estaban a la altura de la talla del escritor.

El submarino El Aleph (naturalmente el nombre provenía del título de un relato de Borges) gozaba de la

tecnología más avanzada del momento a nivel mundial, por lo que, para evitar intromisiones, esta misión nunca se hizo pública. El submarino emergía a la superficie en las fechas fijadas y en las coordenadas designadas para encontrarse con el avión privado del hombre de negocios. Allí intercambiaban los suministros transportados en la aeronave por las imágenes grabadas con la cámara instalada en la parte externa del submarino. Para poder conciliar el sueño, el rico comerciante contemplaba cada noche imágenes del fondo marino. La misión se desarrolló durante casi tres años. A finales de 1999 se perdió contacto con el submarino. Se dio por hecho que había tenido lugar un accidente mientras exploraban una fosa marina. Al año siguiente, el multimillonario murió enfermo. Mucho tiempo después, su nieta, rebuscando entre las pertenencias del difunto, se encontró con esas cintas. Entre ellas había una imagen increíble.

En noviembre de 1998 el submarino se adentró en un laberinto de coral. El foco de exploración iluminó un paisaje deslumbrante y psicodélico. Los miembros del equipo calcularon erróneamente la distancia entre los dos arrecifes de coral y condujeron el submarino a un colapso que lo dejó inmovilizado. Seis horas después, la cámara grabó un submarino azul en la distancia que se acercó navegando y disparó dos torpedos. Los proyectiles impactaron con precisión en el arrecife de coral, lo

rompieron en pedazos y liberaron así a la embarcación. De inmediato, los miembros del equipo, mareados por la falta de oxígeno, comenzaron a maniobrar para salir a la superficie. Aquel submarino, se desvaneció en las profundidades del océano, como si fuera una aparición, y nunca más se lo volvieron a encontrar en sus travesías.

De manera póstuma, se publicaron los manuscritos de Chen Touna, un famoso pintor impresionista y poeta simbolista chino, entre los que había un ensayo (algunos lo clasificaron como cuento) donde recordaba sus primeros años de vida. Quizá ahí se podría encontrar una explicación a este misterioso evento:

El Día de la Fiesta Nacional volví a casa. Dormía realmente bien en mi antigua cama. En cualquier postura, se superponían las mismas posiciones que había adoptado incontables veces en el pasado. Desde mi niñez hasta ahora, capa a capa, se iban sobreponiendo como si fuera una matryoska. Me sentía particularmente completo y tranquilo. La cama era como un apacible lago en el que me sumergía totalmente calmado en aquella tarde de otoño. Cuando desperté, me quedé observando la habitación. Las cortinas estampadas con numerosas hojas marrones que caían flotando concordaban con la estación en la que estábamos. El suelo de madera y la mesa eran de un amarillo pálido; el flexo de la mesa, azul. El reloj redondo de la pared con

las agujas verde fluorescente hacía mucho tiempo que no giraba, por lo que carecía de sentido que continuara allí colgado. Habían pintado la pared, pero aún se distinguían los garabatos de mi niñez, como si fueran pinturas de la Antigüedad. Después de tantos años, todavía me encantaba esta habitación, aunque ya no fuera la del piloto de un submarino. Tenía que levantarme. La voz de mi padre gritándome para cenar parecía llegarme desde tiempos remotos. Mientras me vestía, aún no me podría creer que ya tuviera treinta años.

Mi madre me dijo en la cena que el doctor Shen había fallecido la semana anterior. Tú solías ir a que te examinara, ¿te acuerdas? Delante de mi esposa, mis padres siempre habían evitado sacar el tema de mi enfermedad de aquellos años, pero esta vez ella no había venido conmigo porque tenía un asunto en casa de su familia. Asentí con los palillos aún en la boca. Durante los años de la secundaria, mis padres creyeron que había caído en un estado delirante, como si estuviera poseído. Aunque yo no pensaba que me ocurriera nada, según ellos, aquellos habían sido tiempos de pesadilla. Pero ahora todo había pasado. Me había casado, tenía un hijo, trabajaba en una empresa de publicidad, como una persona normal, lo que suponía un gran alivio para todos.

Desde la escuela, siempre me ha dominado una imaginación excesiva, que no me dejaba concentrarme en

los estudios, ni en ninguna otra cosa. De más pequeño nadie había percibido ningún síntoma, incluso alababan mi rico ingenio. Señalaba una grieta en la puerta de la habitación y decía que aquello era el casco de un antiguo capitán, o la figura de un panda, y mis padres de verdad encontraban el parecido. A veces, me sentaba en el suelo y me quedaba ensimismado mirando las vetas del mármol, imaginando que aquella línea era un río, esta franja una cordillera, y yo escalaba esa montaña y atravesaba esas aguas. Me podía pasar la tarde entera en una baldosa, hasta que pasaba a la siguiente. Un día, mi padre volvió a casa y me encontró mirando la taza del váter con gesto serio mientras se descargaba el agua. Me preguntó qué hacía y le dije que en el Lago Ness se había formado un remolino y que pronto se tragaría nuestra canoa. Mi padre me preguntó que quiénes eran ese «nosotros» y le dije que Tintín, su perro y yo. Me acarició la cabeza, ¿quieres que vaya a socorrerte?, porque de otra forma no vas a llegar a la cena.

La mayoría de esas fantasías eran cosa de un día, funcionaban como la neblina, que aparecería en cualquier lugar y se espesaba o desaparecería en cierto momento. Con tan solo un libro de ilustraciones, ya podía quedarme absorto. La tinta de un bolígrafo atrapaba mi atención una clase entera. No es difícil suponer cómo eran mis notas. En cuarto, empecé a tener fijación con los cuadros de paisajes. En cuanto vi la

imagen de *Verdor de la noche en la montaña otoñal* en el libro de arte, me quedé alucinado. Desde la niebla del comienzo de la pintura me subí a un extraño árbol que crecía a los pies de la montaña, y seguí el camino del riachuelo, escalando hasta el puente de madera de la cima. Pasé tres días en el interior del cuadro, lo que, en la realidad, fueron solo dos lecciones de clase. En una hoja en sucio dibujé la parte trasera de la montaña de *Viaje a través de riachuelos y montañas*. Diseñé una ruta para subir hasta la cumbre y me escondí tras la vegetación para espiar a los mercaderes que atravesaban la falda de la montaña. En *Los picos del lejano y denso bosque*<sup>1</sup>, incluido en un atlas, estuve merodeando durante una semana e imaginando cómo podría ir desde el lado del riachuelo hasta debajo del acantilado y ocultarme de los animales salvajes de la montaña para poder llegar sano y salvo a la cueva. El maestro a menudo se quejaba a mis padres de mi actitud, les decía que no tenía capacidad para concentrarme y que siempre estaba ausente en clase.

---

1 Las pinturas que se mencionan pertenecen a los conocidos como los «tres grandes artistas rivales»; autores que destacaron por sus pinturas de paisaje y que vivieron entre el período de las Cinco Dinastías y los Diez Reinos y la dinastía Song. *Verdor de la noche en la montaña otoñal* 《秋山晚翠图》 es obra de Guan Tong (906 - 960), *Viaje a través de riachuelos y montañas* 《溪山行旅图》 de Fan Kuan (960 -1030) y *Los picos del lejano y denso bosque* 《茂林远岫图》 de Li Cheng (919 - 967).

Mi madre, que era profesora de piano, decidió enseñarme a tocar con la intención de mejorar mi capacidad de concentración. Así que empecé a realizar unos ejercicios infernales de dedos, en los que las teclas negras y blancas se me antojaban, unas veces, pandas y, otras, se transformaban en pingüinos. Al final sentía que estaba haciendo cosquillas a una cebra. Para despertar mi interés, mi madre me tocaba piezas de Mozart y me explicaba que si practicaba mucho podría llegar a tocar esas melodías tan bonitas. Yo me quedaba embobado medio día escuchándolas. En la primera, me subí a un globo aerostático y volé arriba y abajo, para acabar introduciéndome en la Vía Láctea. En otra, me decía que un niño pequeño correteaba por la superficie de un lago con unos pasos exquisitos. Y, en la última, pinté un parque infantil iluminado por la noche. Mi madre, que me observaba escuchar en trance, me preguntó en qué pensaba. Cuando se lo conté, suspiró, cerró el piano y dijo: «Vete a jugar». Al principio, mi imaginación echaba a volar solo con las pinturas, pero desde ese momento, también comenzó a sucederme con la música.

Después de terminar la escuela primaria, me empezaron a fascinar la historia y la geografía, aunque solo me quedaba con alguna cosa: no lo retenía todo. Pero me bastaba con esa poca información para alimentar una fantasía y que creciera exuberante. Mi cabeza parecía expandirse como miles de enredaderas que, se encontraran con lo

que se encontraran, continuaban retorciéndose y envolviéndolo todo cada vez con más densidad, hasta que en el último requiebro brotaba una flor en la superficie. Me abstraía en cualquier momento y en cualquier lugar. Me ausentaba ante lo que fuera y, de vez en cuando, decía algo sin sentido, por lo que mis compañeros pensaban que era un excéntrico. Naturalmente mis notas eran un desastre. Al principio, mis padres me mandaron al orientador de la escuela y, más adelante, al psicólogo, y al psiquiatra. Algunos decían que sufría un trastorno delirante, otros que no tenía ninguna enfermedad, solo una imaginación exageradamente rica. En definitiva, ninguno les ofreció solución alguna, solo que esperaran a que creciera para ver si mejoraba con los años. Mis padres suspiraban a menudo, pero yo no veía nada malo en esto. Podía dormir en la vaina de las semillas de un loto, llegar a las nubes nadando, caminar sobre la pizarra, perseguir una ballena azul en un bote de tinta, escuchar las broncas del profesor a la vez que flotaba en el espacio, donde nadie podía atraparme ni decirme qué hacer. Entraba y salía de incontables universos a capricho y este mundo no era más que uno de ellos.

Aparte de esto, había empezado a percibir un fenómeno fuera de lo común. Mientras me imaginaba a mí mismo escalando en alguna pintura de paisaje, si me metía de lleno en la fantasía, me dolía todo el cuerpo

al terminar. Una noche antes de dormir, estuve observando durante un buen rato unos nenúfares de Monet. Ya en sueños me hice muy pequeño, muy pequeño y estuve de excursión por sus pétalos. Al despertarme por la mañana temprano, en la almohada, había un ligero aroma floral. En el desayuno, mi madre me preguntó si le había robado su perfume para echarme un poco. A partir de entonces empecé a considerar que, si construía una fantasía lo suficientemente sólida y detallada, quizá podría fusionarse con la realidad y conectar algunos lugares. Pero si aparecía un león en un bosque y me comía, quizá también desaparecería en la realidad. Por supuesto, no lo probé. Solo estaba dispuesto a ser un explorador de estos mundos de ensueño, no tenía la más mínima intención de investigar su mecanismo. Además, estaba convencido de que, si una fantasía era lo suficientemente verosímil, se convertiría en otro tipo de realidad.

El segundo año de secundaria me inventé un juego nuevo: fantasear a partir del polvo visible en los rayos de sol. Para entonces, ya tenía conocimientos básicos de Historia. Me imaginaba que una mota de polvo era un planeta y me inventaba su cronología de principio a fin, desde que descubrían el fuego hasta que construían naves espaciales para ir a explorar otras partículas de polvo. Entre tanto, obviamente, consultaba las referencias históricas de la Tierra. Poco después, me di cuenta de

que concebir miles de años en un solo día daba como resultado estructuras poco sólidas, pues había muchos puntos débiles y la fantasía se disipaba con facilidad. Solo con mucha disposición, invertía un día entero en crear otro día del planeta imaginario, pero la tarea resultaba demasiado ardua y nada divertida. Al final, decidí invertir un día para trazar cien años de historia. Creaba las especies animales, los recursos naturales, los países, las formas geográficas, etc., y en unos días todo se desarrollaba por sí mismo. Mi imaginación tenía el poder de hacer estas cosas, era como un barco arrastrado por la corriente, ya que lo difícil residía en atar la embarcación desde la orilla hasta el agua, pero después solo necesitaba un empujón y mi creatividad hacía el resto. Los sueños diurnos a menudo se prolongaban hasta los nocturnos. A veces, incluso, pensaba que todo lo que había ocurrido en nuestro planeta era en realidad producto de la imaginación de otra persona fantaseando con una mota de polvo. Pero era consciente de que mi juego tenía un punto flaco, pues no importaba cómo comenzara la historia, en la mota de polvo siempre se acababa desatando una guerra mundial. Lo intenté muchas veces, pero no era capaz de evitarlo. El sonido de la batalla, las llamas y el hongo nuclear me provocaban insomnio y me veía forzado a terminar la fantasía, como el que apaga un cigarrillo pellizcándolo con sus dedos.